



tió no perturbar el nuevo orden de cosas.

El partido adicto á las antiguas leyes, incitado por Catalina, formó una confederación en Targowice, é imploró el socorro de la Rusia, Bulgakof, ministro de la zarina en Varsovia, declaró la guerra; los polacos se prepararon, mas fueron vencidos, y se hizo un nuevo repartimiento de Polonia. La Rusia se apoderó de todos los países al Oriente del Niemen; el Austria extendió sus usurpaciones hasta el Niester, y la Prusia hasta el Kalish. La Polonia quedó reducida al país comprendido entre el Vístula y el Bug, su confluente.

Vuelve á encender la guerra: aparece el valiente Kosciusko como el salvador de la Polonia, pero la batalla de Maicejowice, ganada por el general ruso Fersen, fué en la que Kosciusko, cubierto de heridas, pronunció al morir estas palabras: *Finis Polonia*. El año siguiente abdicó Poniatowski, y se hizo en su consecuencia el repartimiento definitivo, por el que la Prusia fué dueña de Varsovia, el Austria de Cracovia y de toda la Galitzia, y la Rusia del resto.

Así acabó el reino de Polonia. Sus tentativas de 1807, 14 y 30 para recobrar su puesto entre las naciones, sólo han servido para hacer más pesado el yugo con que la Rusia, tan enemiga de su religion como de su libertad, la oprime todavía.

En el exterior nada perdió la Rusia, ni en conquista ni en influencia con respecto á las demás naciones en el reinado de Catalina; porque además de haber aumentado sus estados con la Polonia, sostuvo al mismo tiempo con gloria y con ventaja una larga guerra contra la Puerta Otomana, en la que ganó la pequeña Tartaria y la Crimea; terminando esta guerra con la paz de Jassy, siendo desde entonces el Niester el límite de ambos países. En el interior se levantaron suntuosos monumentos, se engrandeció y embelleció la ciudad de Pedro el Grande, se revisó y perfeccionó el Código civil, se mejoró la suerte de los siervos, y se introdujeron otras reformas notables. Catalina, como todos los monarcas de su tiempo, favoreció el movimiento filosófico y revolucionario de su siglo.

Después de la muerte de Ana Stuard sin sucesion, fué llamado á la corona de Inglaterra por un acta del Parlamento el elector de Hannover, Jorge I de Brunswinck, descendiente de Jacobo I. El partido wigh, adicto á la casa reinante, subió al poder con Roberto Walpole, jefe del nuevo ministerio. El partido thory, inclinado á los Stuardos, fué excluido de todos los empleos y cruelmente perseguido, por cuya causa unió sus fuerzas con las de Jacobo Francisco, el pretendiente ó el caballero de San Jorge, hijo de Jacobo II, contra la nueva dinastía hannoveriana; pero derrotado en Preston, hubo de renunciar á sus pretensiones.

Jorge I, colocado en el trono, y en gracia de que el Parlamento le habia elevado á él, le concedió la duracion de siete años en lugar de tres, que habia sido hasta entonces el tiempo ordinario. En el exterior se limitó á mantener el sistema establecido en la paz de Utrech y al ver sus estados de Hannover amenazados por Carlos XII de Suecia, entró en la cuádruple alianza de Francia, el Imperio, la Inglaterra y la Holanda, contra Alberoni y Carlos XII.

Durante los viajes de Jorge I á Hannover, Jorge II, su hijo, habia gobernado la Inglaterra; conciliándose el afecto y el cariño de los ingleses, por lo que su advenimiento al trono fué bien recibido. Roberto Walpole continuó al frente de los negocios por su conocida adhesion á la casa de Hannover; los partidos, sin embargo, habian tomado diferente posicion.

Afirmada ya la dinastía hannoveriana, en vez de los nombres de hannoverianos y jacobitas, no hubo otros que los de la córte y de la oposicion. Las cuestiones del dia eran sobre la paz ó la guerra, y sobre el estado de la deuda. El partido de la córte se oponia á la continuacion de la guerra, por las sumas inmensas que eran necesarias para sostenerla, aumentando esto crecidamente la deuda; el partido de oposicion sostenia principios contrarios. Ello es que, como consecuencia de las ideas que dominaban en el gobierno, gozó la Inglaterra de una paz profunda en los doce primeros años del reinado de Jorge II, sin querer tomar parte en la guerra de sucesion de Polonia.

Pero llegó un dia en que el ministerio ya



no pudo acallar los gritos de la oposicion, y hubo de declarar la guerra á España por causa del contrabando en América; la expedicion inglesa se desgració en el sitio de Cartagena en América; la oposicion dominó en el Parlamento, el príncipe de Gáles se unió á ella contra Walpole, y su caida fué inevitable. Con la caida de Walpole cambió la política inglesa en el exterior, y prevaleciendo el sistema de guerra, la Inglaterra se unió al Austria contra la Francia, en la que hubo entonces de la pragmática. Durante esta guerra, Carlos Eduardo, hijo del Pretendiente, hizo un esfuerzo para reconquistar el trono en favor de su padre. Desembarcando en Escocia, Edimburgo le abrió sus puertas, y en poco tiempo llegó hasta Carlisle. Mas rechazado de este punto por el duque de Cumberland y derrotado en Culloden, quedó anonadada para siempre la casa de los Stuardos.

Desde la guerra anterior hasta la subida de Pitt se habia terminado la de la pragmática con la paz de Aquisgran, habia ocurrido la muerte del príncipe de Gáles, se habia declarado la guerra á la Francia sobre los límites de la Nueva Escocia. El mismo año de la subida de Pitt al ministerio comenzó la continental de siete años, uniéndose la Inglaterra al rey de Prusia. Pitt, ó lord Chattan, jefe del partido thory y autor de la caida de Walpole, era amigo de la guerra; se propuso humillar á la Francia, y lo consiguió, tanto en las Indias como en el Continente. Las conquistas del Senegal, las del Canadá y Pondichery ganaron para la Inglaterra el primer lugar entre las naciones de Europa, y sus escuadras, después de haber destruido la marina francesa, eran las más poderosas que hasta entonces habian visto los mares de Occidente. En medio de tanta gloria murió Jorge II.

Entró á reinar Jorge III, hijo del difunto príncipe de Gáles, y Pitt siguió en política el mismo pensamiento que en el reinado anterior, mereciendo por ello la confianza del rey. En el año siguiente, Pitt supo, con la sagacidad que le era característica, que entre Luis XV de Francia y Carlos III de España se habia firmado el célebre pacto de familia, y propuso en

su consecuencia la declaracion de guerra á España; la negativa del Parlamento le hizo retirarse del ministerio. Las previsiones de Pitt salieron ciertas, y en este mismo año hubo de declarar Inglaterra la guerra á España, que terminó con el tratado de Paris.

Los ingleses apenas tenian á principios del siglo XVII en América más que los insignificantes establecimientos de Virginia. Las guerras civiles que por este tiempo asolaron la Inglaterra, fueron origen de diferentes emigraciones, que aumentaron considerablemente las colonias. En poco tiempo se multiplicaron sus establecimientos en toda la costa desde el Canadá hasta la Georgia. Fundaron allí la ciudad de Boston, las colonias de Massachussets, de Marylan, de la Carolina, que pidió una constitucion al filósofo Locke, y las ciudades de Nueva-Yorck y Nueva-Jersey. En 1663 ocho lores ingleses fijaron su residencia en la nueva Inglaterra; en 1681 fué concedida por Carlos II la provincia de Pensilvania al almirante Penn, la colonizó con un éxito feliz, y fundó en ella la ciudad de Filadelfia.

Tambien los filibusteros ingleses se establecieron en la Jamaica, desde cuya época fué esta isla una de las colonias más ricas de Inglaterra, que además poseia en las antillas la Barbada y San Cristóbal, Antigoa y Bahama. Ultimamente, el tratado de Utrech cedió á la Inglaterra el comercio exclusivo en la bahía de Hudson, la posesion entera de las islas de Terranova y la Acadia ó Nueva-Escocia, asegurándola el predominio en los mares.

El establecimiento de los ingleses en la parte meridional de Canadá, fué el principio de las guerras con los franceses por causa de las colonias. Ciertas contiendas sobre los límites de la Nueva-Escocia, hicieron romper las hostilidades, y el asesinato de un oficial francés enconó el odio é imposibilitó todo acomodamiento. La guerra se hizo general, los franceses llevaron al principio la mejor parte; mas la subida de Pitt al ministerio cambió la fortuna de la guerra, y al pié de los muros de Quebec los dos generales Wolf, inglés, y Mopcalm, francés, murieron en la batalla, que fué decisiva á favor de los ingleses, haciéndose dueños de to-



do el Canadá. La paz de París arregló los tratados de la conclusion de esta guerra. Desde este tiempo, la Inglaterra fué dueña de los mares en la India y en la América, si bien ésta se sublevó luégo, haciéndose independiente.

Si se tiene en cuenta que el mayor número de las colonias inglesas de América debió su fundacion á empresas particulares; que el gobierno no tomó una parte activa en el régimen de esas colonias hasta que, vencidos todos los obstáculos, pudo sacar de ellas una utilidad conocida; si se considera además el influjo que debieron ejercer las numerosas emigraciones consiguientes á los disturbios políticos y religiosos ocurridos en Inglaterra, emigraciones compuestas de hombres que organizaron un gobierno casi republicano; y si se aprecia finalmente la influencia de las erróneas ideas filosóficas de la Francia, se convendrá en que las causas de la emancipacion de las colonias inglesas de la América, fueron: las pretensiones, por lo comun poco razonables, de la Inglaterra sobre el gobierno de sus colonias, el deseo de emanciparse éstas de la metrópoli, y la influencia de las doctrinas de los emigrados y de las ideas filosóficas de la Francia en el siglo XVIII.

Un impuesto sobre el papel sellado fué el principio por donde comenzó el movimiento. Este impuesto fué revocado; pero le substituyeron otros no ménos gravosos. El sabio Franklin pasó á Inglaterra; mas fueron inútiles todas las tentativas de conciliacion. La rebelion se manifestó ostensiblemente en Boston. El Congreso de Filadelfia decretó la suspension de todas las relaciones comerciales con Inglaterra. Pitt (padre) y el ministro North propusieron varias transacciones; las Cámaras se negaron á toda concesion; las colonias americanas fueron declaradas rebeldes. Esta resolucion de las Cámaras inglesas fué la señal de la guerra civil.

Fué nombrado Jorge Washington general en jefe del ejército americano, y el Parlamento declaró por un acta solemne la independenciam de los trece Estados-Unidos. Franklin ganó la alianza de la Francia, á la que siguieron España y Holanda. Despues de varios encuentros, la batalla que dió fin á esta guerra fué la de

York-Town, ganada contra el general inglés Cornwallis. El tratado de Versalles aseguró la independenciam de los Estados-Unidos.

Luis XV, hijo del duque de Borgoña y biznieto de Luis XIV, tenía cinco años y medio cuando heredó el trono de Francia. El monarca difunto nombró en su testamento un consejo de regencia para gobernar el reino durante la menor edad del nuevo rey, no acordándose para nada de su sobrino el duque de Orleans, que se habia hecho detestable por sus desórdenes y libertinaje.

A pesar de las precauciones de Luis XIV contra Felipe, duque de Orleans, primer príncipe de la familia real y presunto heredero de la corona en caso de vacar el trono sin sucesion, éste se dió maña á convocar el Parlamento de Paris, que le declaró regente del reino, y le autorizó para nombrar los individuos del consejo de regencia, á condicion de reintegrarle en el derecho de archivar las leyes y en el de representacion y queja contra el rey, de cuyas prerogativas habia sido, si no despojado, al ménos como puesto en suspenso. Empezó esa célebre regencia, que preparó la revolucion francesa, perdiendo el crédito con desastrosas operaciones rentísticas, y favoreciendo con su conducta inmoral la más espantosa depravacion en las costumbres.

En la política interior, el hecho más notable de la regencia fué la admision del sistema del escocés Law para organizar la Hacienda, que consistió en crear el papel moneda y el juego de la Bolsa, desconocido hasta entónces. Ese papel, por efecto de nuevas combinaciones económicas, bajó tanto al poco tiempo que perdió casi todo su valor, ocasionando la ruina de muchas familias. En el exterior, la política de la regencia no dejó de ser hábil y feliz contra los proyectos de Alberoni, ministro de Felipe V, ya castigando la conjuracion de Cellenmare, que tenía por objeto privar de la regencia al duque de Orleans, y ya desbaratando, por medio de la cuádruple alianza de Francia, Holanda, Inglaterra y Austria, los planes atrevidos de Alberoni, que se habia propuesto reparar la injusticia hecha á la España en el tratado de Utrecht.



Luis XV fué declarado mayor de edad, muriendo el mismo año su primer ministro, el corrompido y disoluto abate Dubois, ocupando su puesto el duque de Orleans, que murió el año siguiente, reemplazándole el sabio Fleury, hombre circunspecto y amigo de la paz. A pesar del carácter conciliador de Fleury, fué inevitable la guerra por causa de la sucesion de Polonia, interesándose la Francia á favor de Estanislao Leckzinski, padre de la mujer de Luis XV, y dando fin á esta guerra con el tratado de Viena de 1738.

Tambien tomó parte la Francia en la guerra de la Pragmática contra el Austria y á favor del duque de Baviera, y en la guerra de siete años á favor de María Teresa; coincidiendo esta última con la de los ingleses y franceses en el Canadá, cuya guerra fué muy ruinosa para la marina francesa, y concluyó con el tratado de Paris de 1763. Y por último, bajo el ministerio de Choiseul se celebró entre Luis XV y Carlos III de España el tratado conocido con el nombre de pacto de familia; fueron violentamente expulsados los jesuitas del reino; fueron suprimidos el Parlamento de Paris y los demas del reino, y se agregó la Córcega á la Francia. Durante el reinado de Luis XV continuaron floreciendo tambien las ciencias y las artes por el impulso recibido en el reinado anterior; pero más bien para servir de pábulo á la inmoralidad, que para satisfacer verdaderas necesidades. En las clases elevadas, sobre todo, se notaba una corrupcion de costumbres desenfrenada. Voltaire, Montesquieu y Rousseau contribuyeron con sus escritos á trastornar las ideas. No fué difícil prever ya que tras el reinado inmoral, disoluto y descreido de Luis XV, vendria el ateo y revolucionario de Luis XVI.

Cuando Luis XVI sucedió á su abuelo Luis XV, el trono frances estaba minado por las nuevas ideas filosóficas importadas de la Alemania, empobrecida por el derroche y el desbarajuste, corrompido por la inmoralidad de los reinados anteriores, y hondamente dividido por la lucha entre las diferentes clases de la sociedad. Las doctrinas de la filosofía volteriana y los sistemas de economía política traian trastornadas todas las cabezas, al mismo tiem-

po que los vicios, la impiedad y la licencia lo habian contaminado todo. Luis XVI, de un carácter dulce y bondadoso en extremo, deseaba lo bueno como el mejor; pero carecia de capacidad y de resolucion para realizarlo.

En tal desórden de cosas, Necker, un banquero de Ginebra, fué llamado para arreglar la Hacienda. El nuevo ministro, muy conocedor de los negocios públicos, arregló la Hacienda y cubrió todos los gastos, sin recurrir por entónces á ninguna reforma violenta. Empero comprometida la Francia en la guerra contra la Inglaterra para sostener la emancipacion de los Estados-Unidos, se agotaron los recursos. Necker propuso la supresion de los privilegios de ciertas clases; la córte se negó á esta reforma, y el ministro hizo dimision. Los que le sucedieron no pudieron contener el déficit, siempre creciente; la Asamblea de los notables, convocada por Calonne, se disolvió sin hacer nada. Necker fué llamado segunda vez al ministerio; insistió en que se adoptase la misma medida que habia propuesto anteriormente; tampoco ahora se admitió, y los consejos de Turgot y los planes del hacendista quedaron frustrados. Ultimamente, no queriendo Necker cargar solo con la responsabilidad de una situacion tan critica y tan difícil, aconsejó la convocacion de los Estados generales, que se reunieron el año de 1789, dando principio con este suceso la *Revolucion francesa*.

Señalemos despues del movimiento político la historia del pontificado en el siglo XVIII.

Clemente XI (Albano), despues de largas vacilaciones, subió al trono pontificio á principios del siglo. Príncipe capaz é independiente, predicador sabio y celoso, el nuevo papa se halló desde el principio de su reinado al frente de graves dificultades. Federico I habia aceptado el título de rey de Prusia. El ducado de Prusia habia pertenecido en otro tiempo á la órden Teutónica, que no habia renunciado á él legalmente. Protestó, pues, el papa contra el trono de Federico, cuya protesta, renovada por sus sucesores, se ha encontrado muy extraordinaria y ha sido por muchos mal interpretada.

Sin embargo, si se la comparase con la protesta de los ingleses contra la toma de posesion



de la Argelia por los franceses sin que la Inglaterra tuviera ciertamente los derechos que entonces tenía el papa con respecto á Prusia, se acabaría por apreciar mejor la conducta de los pontífices de Roma. Clemente XI se vió tambien envuelto á su pesar en las dificultades de la guerra de sucesion de España, que siguieron á la muerte de Carlos II, despues de haber visto ineficaces sus esfuerzos y su mediacion para impedir la guerra. Habiendo creído el emperador de Alemania, José I, percibir en el papa prevenciones favorables á la Francia y contrarias al reconocimiento de su hermano como rey de España, descargó sobre el pontífice todo el peso de su descontento. Sus tropas saquearon los Estados de la Iglesia, y sus generales celebraron una alianza con el duque de Parma y de Plasencia para imponer fuertes contribuciones al clero. A estas desavenencias se agregó la disputa sobre el derecho de presentacion á las catedrales y fundaciones religiosas. El papa amenazó con la excomunion y se preparó á la guerra, pero al acercarse las tropas imperiales se vió obligado á aceptar la paz, á bajar las armas, á reconocer á Carlos III por rey de España y á prometer investirlo con el reino de Nápoles, «salvo, no obstante, el derecho de tercero.» Este tratado exasperó en tales términos á Felipe de Anjou, que expulsó de España al nuncio del papa, prohibiendo á sus vasallos toda comunicacion con Roma. Clemente tuvo por fin que combatir con el duque de Saboya, Victor Amadeo (Setiembre de 1711), á consecuencia de una excomunion que habia fulminado contra varios magistrados de Saboya que habian desconocido los derechos de la Iglesia; pero sobre todo, á consecuencia de la elevacion del duque Victor Amadeo, que habiendo subido al trono de Sicilia en virtud de la paz de Utrecht, y sin el consentimiento del papa, queria ejercer derechos eclesiásticos que siempre habian negado los pontífices á los príncipes de Sicilia. Habiendo el papa puesto en entredicho el reino de Sicilia, se vió obligado á mantener en Roma tres mil clérigos Sicilianos que se habian refugiado allí. De este modo se iban aumentando de dia en dia los embarazos del gobierno pontificio.

El recuerdo del alto y poderoso influjo ejercido en otro tiempo por la Santa Sede, sostenia al papa en su actitud firme y resuelta; pero no estaba ya apoyado por los príncipes católicos, la mayor parte de los cuales, así como los protestantes, preferian ejercer por sí mismos en sus Estados la autoridad espiritual, no sirviéndose de la religion ni del papa sino para sus miras políticas.

Inocencio XIII (Conti, 1721 á 1724) terminó durante su reinado, demasiado corto, las diferencias de la Santa Sede con Nápoles, reconociendo al rey Carlos VI, lo cual no impidió al emperador de trasferir á D. Carlos los territorios de Parma y Plasencia, que habian estado por espacio de doscientos años en poder de los papas. Inocencio protestó, pero en vano, y su muerte privó á la Iglesia de un pontífice prudente y previsor, que no tuvo que arrepentirse sino de haber admitido en el colegio de cardenales al indigno abate Dubois.

Benedicto XIII (Orsini, 1724 á 1730), despues de haber rehusado con lágrimas la dignidad pontificia, la aceptó sólo en virtud de la obediencia que como religioso dominico habia prometido al superior de la orden, cuyo convento continuó siendo efectivamente su verdadero mundo. Apenas fué elegido, dió varias órdenes contra el lujo de los cardenales, y sobre la modestia del traje del clero, etc. El concilio que reunió en el palacio de Letran tomó muchas y prudentes medidas contra diversos abusos escandalosos, y declaró al mismo tiempo que la bula *Unigenitus*, dada contra Quesnel, debia ser reconocida por todos como regla de fe. Inocencio recobró á Comachio de las manos del emperador y arregló con él la querrela relativa á la monarquía siciliana, concediendo á Carlos y á sus sucesores que instituyesen un juez eclesiástico en tercera instancia, y no reservándose él sino los negocios más importantes. Terminó tambien las diferencias de la Santa Sede con los duques de Cerdeña y de Saboya, concediéndoles el derecho de patronato en todas las iglesias y conventos de sus Estados, pero no las rentas de las mitras vacantes; pero no pudo mantener la paz con el rey de Portugal, Juan V, que exigia de una manera ruda é



inconveniente que el papa concediese el cardenalato al nuncio Bichi, retirado de Lisboa. El colegio de cardenales protestó contra semejante elevacion. Irritado Juan con esta negativa, llamó á todos los portugueses que habia en Roma, interdió toda relacion con la Santa Sede y prohibió asimismo á los conventos de Portugal que enviasen á Roma sus acostumbradas limosnas. El oficio de Gregorio VII, á quien especialmente los benedictinos honraban como santo, fué tambien para el papa motivo de amargos disgustos de parte de algunos gobiernos, porque las elecciones de este oficio hacian mencion de la bula de excomunion y deposicion de Enrique IV. Benedicto XIII tuvo, por fin, la desgracia de conceder su confianza al cardenal Coscia, cuya aparente piedad habia seducido al papa, y que no se sirvió de su influencia sino para aumentar sus riquezas en detrimento y oprobio de la Iglesia.

Clemente XII (Corsini, 1730-1740), que despues de brillantes antecedentes subió al trono pontificio de muy avanzada edad, trató de hacer florecer de nuevo las ciencias y las artes. Arregló las diferencias con Portugal, creando cardenal al legado Bichi, pero inmediatamente despues tropezó con graves dificultades en la corte de España; «porque parecia que desde principios de este siglo se habian encargado las cortes de Europa de reemplazar el antiguo respeto que se profesaba á los papas, con la más inconveniente altanería y la más inicua arbitrariedad.» de tal suerte que algunos príncipes protestantes trataban al papa con más deferencia y consideracion que los católicos. La nueva tentativa de Clemente XII para volver á entrar en posesion del ducado de Parma despues de la muerte del duque Antonio, fracasó como las anteriores. Creó una escuela teológica en Bisignano, en Calabria, para la conversion de los griegos (*seminarium Corsini*), y publicó al mismo tiempo contra las sociedades de francmasones un breve de condenacion, que fué confirmado por Benedicto XIV en 1751.

Este sabio y prudente sucesor de Clemente XII (Lambertini, 1740-1758), más favorable á los dominicos que á los jesuitas, procuró primeramente reponer la Hacienda, agotada por

las dilapidaciones á que Coscia habia arrastrado á Benedicto XIII y á la manía de edificar de Clemente XII, protegiendo la agricultura, estableciendo fábricas y disminuyendo el lujo. Trabajó despues seriamente en la reforma del clero por medio de sabios decretos, abolió ciertos dias de fiesta en los Estados que se quejaban de ellos, y restableció con su moderacion las relaciones de la Santa Sede con diferentes Cortes. Concedió á Juan, rey de Portugal, el título de *rey fidelísimo*, y el derecho de proveer todos los obispados y beneficios vacantes en su reino. Creó en Nápoles, de acuerdo con el rey, un tribunal compuesto de un número igual de jueces seculares y eclesiásticos, presidido por un miembro del clero y único árbitro en todos los asuntos pertenecientes á la Iglesia. Además celebró un Concordato con la España, en virtud del cual conservó el derecho de proveer cincuenta y dos beneficios y fundaciones del reino, siendo indemnizado con cierta cantidad de dinero de su renuncia á sus derechos sobre los demas. Lo mismo hizo con el rey de Cerdeña. En cuanto á las diferencias del Austria y de la república de Venecia sobre el patriarcado de Aquilea, decidió que los derechos del patriarcado se dividirían entre los arzobispados de Gorz, en Austria, y el obispado de Udina en los Estados de Venecia. Pero esta decision desagradó á la república, que mandó que toda bula, breve, ó citacion de la Santa Sede pasaria por el exámen de la república antes de ser publicada. Esta fué la única diferencia que Benedicto dejó por terminar al tiempo de su muerte. Favoreció de una manera especial la sociedad de los nobles (*societas nobilium*), que se habia formado en Hungría para la defensa y propagacion de la religion católica. En fin, dejó como monumentos de su profunda erudicion y de sus vastos conocimientos, no sólo las numerosas obras que citaremos más adelante, y que han hecho de este papa uno de los escritores más importantes de su época, sino tambien por las sábias sociedades que instituyó para las antigüedades romanas y cristianas y para el derecho canónico.

Clemente XIII (Rezzonico, 1758-1759), que habia dejado en el obispado de Padua la repu-